

Raúl Sánchez García (2020). *Las cuatro heridas del deporte moderno*. Papel Libros

Este libro parte de la sencillez para señalar cuatro *heridas del deporte moderno* que no sólo visibilizan las discriminaciones injustificadas que todavía se (re)producen en el propio contexto, sino que, al mismo tiempo, hacen más que evidente su necesidad de adaptación a las realidades sociales en las que convivimos, de las que parece haberse distanciado. Concretando la clase social, la *raza*, el género y la discapacidad/diversidad funcional, se analizan brevemente ejemplos en los que estos factores han condicionado competiciones oficiales, deportistas e incluso regulaciones en los últimos años.

No hará falta avanzar demasiado para darse cuenta de que las problemáticas y las *heridas* señaladas tienen un claro origen y justificación en *regulaciones corporales* más que arraigadas en el deporte moderno. Estamos pues, ante una propuesta crítica que sitúa los *cuerpos* en el centro del deporte, moldeados y utilizados por este para diseñar y organizar categorías, exposiciones del poder y dinámicas desigualitarias.

El primer capítulo, dedicado a la clase social, comienza con un breve ejemplo que invita a la reflexión sobre las posibilidades o amenazas de una carrera deportiva truncada (normalmente debido a lesiones) para quienes apuestan todo por ésta. Aun siendo este un ejemplo más que interesante sobre la situación de los y las deportistas en los países desarrollados (diversos estudios demuestran que estas circunstancias partirían de base de brechas socioculturales), lo cierto es que el autor redirige con acierto el capítulo hacia situaciones globales, donde los límites morales llegan a tocar fondo y la complicidad institucional se hace protagonista. Desde aquí, se expone uno de los mayores problemas de *tráfico de talento* en edades de formación que, si bien protagoniza el fútbol por su importante alcance económico, cada vez se extiende a más deportes. Desde instituciones y clubes europeos, se comercializa por medio de contratos y transferencias ilegales con niños, principalmente de África, Sudamérica o recientemente Qatar. Han sido muchos los escándalos al respecto en los últimos 10 años, lo que ha servido para aprobar internacionalmente medidas que lo dificulten. Sin embargo, debido a su continuo crecimiento, los sistemas encubiertos de captaciones por medio de academias siguen lucrándose de estos traspasos. A pesar de finalizar el capítulo con otro ejemplo relacionado con el turismo deportivo y la precariedad laboral, el foco principal, el que realmente invita a su profundización, es este *tráfico/captación de talento*.

En el segundo capítulo, centrado en la *raza*, se echa en falta un enfoque similar al del capítulo anterior, en el que se muestre cómo el deporte aprovecha sus recursos más potentes para promover todavía más desigualdades sociales. Bien es cierto que se hace un interesante repaso histórico de reivindicaciones protagonizadas por deportistas, por ejemplo, la sucedida en el año 2016 en EEUU, cuando, siguiendo al *quarterback* Colin Kaepernick, fueron numerosos los deportistas que comenzaron a arrodillarse durante el himno nacional estadounidense en señal de protesta por los

abusos policiales y discriminación racial en el país. A pesar de que se habló mucho de este pequeño movimiento, al que todavía hoy se hace referencia¹, fue totalmente invisibilizado el desenlace de Kaepernick, por quien no se interesó ningún equipo de la NFL en la siguiente temporada. Tras varios ejemplos, el autor se centra en el discurso sobre la raza en el deporte, repasando las justificaciones estereotipadas de las que se sirve para establecer sus binomios básicos *blanco-negro*. Todo ello desemboca en aquellas *profecías raciales autocumplidas* que reproducen desde la *normalización* los estereotipos enunciados en sus propios discursos. Faltaría en este caso al menos un último epígrafe que apuntara a discursos y dinámicas *ordinarias* reconocidas en los contextos deportivos. Por ejemplo, los últimos escándalos debido a los insultos racistas sufridos por futbolistas, en los que se han cuestionado las respuestas institucionales, ¿no evidenciarían de nuevo la complicidad institucional del deporte?

En el tercer capítulo, en torno al género, se señala directamente la clave de las cuatro *heridas* expuestas: los *cuerpos*. Si en los dos primeros capítulos se venía haciendo evidente su implicación, es en este momento en el que se hace completamente visible. Comienza con la famosa campaña publicitaria de 2014, “like a girl”, en la que se pedía a niñas, niños, mujeres y hombres que hicieran movimientos determinados “como una chica”. Se comprobaron los estereotipos de género con los que cargamos, algo que ya había apuntado de esta forma Iris Marion Young anteriormente, en su ensayo “Throwing Like a Girl”. La entrada es perfecta para, además de enumerar numerosas discriminaciones y estereotipos totalmente asumidos en el deporte, - así como la continua cosificación de los cuerpos de las deportistas por medio de este -, denunciar directamente situaciones en las que las instituciones deportivas han decidido lo apropiado y lo inapropiado del deporte basándose en diferencias biológicas sin ningún tipo de fundamento ni comprobación. No sólo se refiere a competiciones en las que las mujeres han superado a los hombres, desembocando en la división de categorías estrictas femeninas y masculinas. Además, se analiza brevemente el famoso caso de Caster Semenya, a quien señalaron públicamente su identidad y decidieron su naturaleza como mujer, todavía hoy sin evidencias de que ello supusiera aquellas ventajas competitivas que afirmaron. Por medio de los *cuerpos* se controla el rendimiento de las mujeres bajo los parámetros que, según todos esos estereotipos, deciden cómo y cuánto sería lo *normal*.

Por último, en el capítulo cuatro, sobre la discapacidad/diversidad funcional, se destaca definitivamente la capacidad de influencia del deporte sobre los *cuerpos* y a partir de estos. De forma similar al género, ha sido la presunción del rendimiento de estos/as deportistas sobre la que se han decidido las divisiones de las categorías del deporte discapacitado, como si de una subcategoría se tratase. Esto, en muchas ocasiones desde las amenazas que parecen derivarse del uso de prótesis que podrían llegar a ayudar a quienes deben hacer uso de ellas. Es el ejemplo de Pistorius, entre otros, sobre quién se desató la polémica de estas “ventajas” que podrían poner en riesgo la “esencia deportiva de la competición”.

Precisamente, lo que hace muy interesante esta publicación es el creciente interés que toma según las páginas avanzan. No sólo sobre los ejemplos expuestos, que se

¹ El pasado 27 de mayo de 2020, Lebron James (entre otros) compartió una fotografía al respecto en su *Instagram*, debido al internacional movimiento social organizado por el reciente asesinato de George Floyd, debido a agresiones policiales en su arresto, en Minneapolis (EEUU). Esta imagen se está utilizando desde entonces en muchas de sus reivindicaciones, plasmada en fotografías, pancartas e ilustraciones.

presentan de forma superficial, sino sobre todo en esta clave *corporal*. Queda entonces pendiente la ampliación del análisis de estas *heridas corporales*, como efectos de dinámicas transversales que son desatendidas cuando hablamos del deporte.

Por último, cuando termina el cuarto capítulo y esta pequeña reflexión sobre los *cuerpos*, aparece un quinto capítulo en forma de pregunta, en torno a los eSports como posible quinta herida. Estas nuevas disciplinas parecen haber llegado para quedarse, ya son muchas las grandes instituciones y clubes que han apostado por equipos y áreas concretas, lo que obviamente tiene repercusiones económicas evidentes. Más allá del debate sobre si podrían o no asociarse a los deportes convencionales (algo que cada vez está más superado con su inclusión en competiciones internacionales), lo cierto es que podrían tratarse más bien como una oportunidad que como una *herida*. Si es evidente que los *cuerpos* sirven para determinar lo que es o no es apropiado dentro del deporte moderno (casualmente también marca el mencionado debate sobre la inclusión de los eSports, que son muy atacados por el hecho de estar sentado, sin moverse), ¿qué pasa cuando las capacidades corporales no influyen directamente en el rendimiento? ¿Seguirán practicándose las mismas discriminaciones? ¿En qué estarán basadas entonces? Quizás los eSports, por su novedosa aparición, sean realmente la oportunidad de sentar bases más igualitarias, cambiar los parámetros tradicionales en los que se ha venido justificando el deporte en los últimos años.

Marta Eulalia Blanco García
Universidad Complutense de Madrid
martaubl@ucm.es